

LUIS ENCINAS, SENIOR

Al trazar la vida de este ciudadano de Hermosillo, me detengo en la descripción de los días de mi lejana juventud, que transcurrieron a principios del siglo, cuando me inicié como dependiente de comercio, en una tienda de medio mayoreo. Confieso que me invade la nostalgia al referir sucesos relacionados con mi entrada al mundo, es decir, cuando empezaba a darme cuenta de las cosas.

Los sonorenses hemos tenido una manera peculiar de vivir. Como en todos los lugares en que el verano es riguroso, allá la existencia transcurre en la vía pública. Se vive de puertas afuera. Las casas están abiertas día y noche: no hay peligro de que los cacos las visiten. (Estoy refiriéndome a unos años anteriores al 1910, cuando Hermosillo no llegaba ni a los quince mil habitantes). El pan, la leche y otros comestibles se entregan sin la intervención del dueño de la casa ni de su servidumbre. No se necesita leer el periódico para saber lo que ocurre en la ciudad. Las noticias corren de boca en boca y nada puede acontecer sin que se comente en seguida. Se vive como en familia y un poco a gritos. El mejor mentidero es la estación del ferrocarril, adonde acuden los viajeros, aquellos que los esperan o despiden y una multitud de gente que va por paseo o a vagar.

Eran otros tiempos. Los hermosillenses no conocían el automóvil ni se imaginaban que iban a venir inventos como la radio y la televisión, que en la actualidad no son ya novedades. Se usaban carruajes o berlinas para ir de un lugar a otro, o para pasear por aquellas calles pavimentadas al “macádam”, que en los días de lluvia se convertían en salpicantes lodazales. Sonora era un Estado lejano del centro del país y con malas comunicaciones.

*
* *

Eran otros tiempos. Nuestro peso valía cincuenta centavos de dólar y tenía un alto valor adquisitivo. Los niños pedían centavos para sus dulces. Un traje caro costaba treinta pesos. Los zapatos para los escolares valían un peso setenta y cinco centavos. Una buena comida se conseguía en cincuenta o sesenta centavos. Había pocas diversiones. El cine no había hecho su aparición. Los pobres nos sentíamos felices yendo a la plaza a oír la serenata que daba una banda militar. Cuando llegaba un circo nos conformábamos con asistir a las gradas, donde hacíamos equilibrio para ver la función. Vida humilde, recatada, sin mayores preocupaciones. Todo nos parecía bien.

*
* *

En ese tiempo se disputaban las simpatías de los hermosillenses dos comerciantes muy populares: don Tirso Gámez y don Luis Encinas. Por el barrio de la Cohetera, y ocupando casi media cuadra, la tienda de don Tirso tenía una gran clientela. Era de abarrotes y estaba bien surtida. Tenía fama de ser barata y podía competir con los comerciantes chinos, que casi acaparaban el comercio al menudeo. Don Tirso era un hombre bueno y activo, que trataba bien a todos. Era un gran aficionado al beisbol y no faltaba nunca a los juegos en que participaba el “Hermosillo”, así se celebraran en Guaymas o en Nogales. Don Luis Encinas tenía una tienda más pequeña que la de Gámez; pero sus mercancías eran más selectas. En aquellas tiendas había de todo: comestibles, ferretería, vajillas, puros y cigarros, latería, perfumes, vinos importados, frutas secas y en conserva, escobas, dulces de todas clases, carnes frías y algunas medicinas de patente. El comercio no se especializaba todavía, como ahora.

La tienda de don Luis Encinas era considerada como de abarrotes finos. Los artículos que en ella se expendían se asemejaban a los que en la actualidad venden en los supermercados. Conocí mucho a don Luis, porque trabajé con él durante dos años. Ganaba un buen sueldo: treinta y cinco pesos al mes y el uno por ciento de lo que yo vendía al medio mayoreo. Por la mañana me iba en una carreta a recorrer los pequeños comercios de los suburbios. Una mula voluntariosa tiraba de la carreta, que manejaba un fornido auriga llamado “el Chapo”. En mi excursión, que a veces hacía por un rumbo y otras al rumbo opuesto, tomaba pedidos de los “changarros” que hacían el comercio en menor escala: una caja de fideos, diez kilos

de azúcar, media caja de jabón, cinco kilos de café, tres paquetes de almidón... Por la tarde teníamos que repetir el recorrido, para entregar los pedidos que se convertían en dinero, si eran al contado, o en firmas solventes, si se daba un plazo al comprador.

*
* *

Don Luis Encinas era popular en Hermosillo, a pesar de que muchos lo tenían por serio y hasta un poco hostil, por su continente exterior. Había que tratarlo, para apreciar su condición humana. Sus amigos eran numerosos y le profesaban estimación y cariño. Junto al escritorio de su tienda se formaba una tertulia, a la que casi siempre acudían el licenciado Taide López del Castillo, David Escobosa y el sordo Aztiazarán. Con frecuencia se veían ahí, además, a Bernardo Cabrera, don Ireneo S. Michel y a un tipógrafo de apellido Mariscal. La tertulia de Encinas se animaba mucho, tanto por la discusión de los sucesos locales como por los comentarios de acontecimientos políticos, que comenzaban a interesar en todo el país. Don Luis era agudo en sus juicios y sus amigos gustaban oírle sus salidas ingeniosas y sus atinadas observaciones.

Era don Luis un hombre de estatura regular, grueso, blanco y colorado a veces, la frente amplia y un bigote bien poblado, que gustaba de retorcer cuando se hallaba pensativo. Era un buen tipo. Tenía parientes en Rayón y en la calle de la Carrera vivían sus sobrinas, las señoritas Majochi. Para él no había otra ciudad como Hermosillo y nunca se preocupó por conocer poblaciones de mayor importancia. Su radio de acción era “la ciudad de los naranjos”. Aunque tenía muchos amigos porfiristas, se advertía que no estaba de acuerdo con la forma en que entonces se gobernaba.

Encinas no tenía apego al dinero. Nunca aspiró a ser rico. Se conformaba con poseer lo suficiente para sostener los gastos de su hogar. En su tienda todos los días hacía obsequios a la clientela y a cuantos fueran a pedirle algo: una caja de cigarros, un dulce, centavos o una copa de *bacanora*. Nadie salía defraudado cuando acudía a él en demanda de un obsequio o de un servicio. Confieso que me contagié con esa manera suya de ser útil a nuestros semejantes y puedo declararlo sin sonrojos: don Luis Encinas me enseñó a dar.

*
* *

Cuando vino la Revolución, nuestro amigo Encinas simpatizó con ella y tuvo muchos amigos entre los jefes que la encabezaron en Sonora. Por elección popular llegó a ser concejal del Ayuntamiento de Hermosillo y desempeñó las funciones de presidente municipal, con acierto y beneplácito de los hermosillenses. Siempre había sido un ciudadano preocupado por que mejorasen los servicios municipales: los pavimentos, el agua potable, la luz eléctrica y todo lo que significara aseo de la ciudad.

*
* *

Nunca he olvidado la forma en que don Luis me despidió de su tienda, cuando supo que el gobierno me había dado una beca para la Escuela Nacional de Agricultura. Como sabía hacer el bien, me dijo:

—Te voy a regalar cien pesos; pero no de golpe, porque los gastarías en seguida. Te mandaré pequeñas cantidades, cada vez que te veas apurado.

Su gratificación me duró más de un año.

*
* *

Una vez, estando en su tertulia de las calles Garmendia y Obregón, alguien nos contaba:

—Estoy a cuatro horas de mi casa.

En el acto Encinas le hizo esta atinada observación:

—Así no puedes darnos idea de la distancia. Fíjate: el ejército federal hizo en ferrocarril quince días para venir de Guaymas a estación Torres. Cuando los derrotó Obregón, los federales regresaron violentamente al puerto, en tres horas.